

La verdad y la mentira

© Gregorio Echeverría / El Talar, julio de 2008

- 1:9 Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así.
- 1:10 Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno.
- 1:11 Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.
- 1:12 Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno.

Argentina, como el resto del subcontinente, vive asfixiada por la antinomia libertad de prensa / libertad de empresa. De poco o de nada vale la libertad de prensa establecida por nuestra Constitución, cuando los medios masivos de comunicación responden a las grandes corporaciones y a los capitales transnacionales. Está muy claro que cada corporación "informativa" se ocupará de llevar agua para su molino y encarará cada problema desde la óptica y la conveniencia de sus directorios.

Cuando la fuerza de las corporaciones mediáticas es importante, los grandes capitales se atreven a enfrentar e impugnar las políticas de Estado que en alguna medida limiten o controlen sus afanes de lucro. El objetivo del capital es maximizar la ganancia en base a dos herramientas básicas: aumento de precios y reducción de costos. El neoliberalismo sostiene que el mercado regula los precios, aunque la realidad demuestra que cada sector está controlado por holdings que manejan esos números. Incluso en casos como hidrocarburos y alimentos, aunque la trabazón de intereses complique los análisis, los precios los determinan siempre los grandes operadores, al margen de la voluntad y la conveniencia de los países productores.

La gran mentira, sostenida por las corporaciones mediáticas, es que la prosperidad agroindustrial se desborda a todos los sectores sociales. Basta con echar una mirada a los índices de pobreza de los países más ricos en petróleo, como la mayoría de los estados árabes, para destapar la falacia. La verdad es que el resultado de sus manejos es lamentable: países ricos con pueblos pobres. La verdad, de la que los medios en general no se hacen cargo, es la desaparición de bosques, polución ambiental, contaminación de aguas y suelos con nitritos y metales pesados, desertización de praderas, erosión de la capa de humus -irreversible si se considera que para reponer dos centímetros y medio de capa la naturaleza necesita no menos de 700 años- y desecación de humedales con destrucción de su biosfera. Para completar este cuadro, los países centrales invierten en producciones bélicas una porción tan sustancial de sus productos brutos, que de no mediar la rapiña a través de deudas ficticias y la distorsión que ocasionan con sus "tratados bilaterales", sus pobladores se contarían entre los más miserables del mundo. Es la pobreza de los países ricos la que subsidia los desarreglos de los países centrales. El costo de las guerras lo paga la pobreza de cuatro mil millones de personas y la muerte de millones de seres humanos cada año, por hambre, enfermedades o "daños colaterales". Eso se llama globalización. Que muchos vivan peor para que pocos vivan mejor.

Gobernar en democracia es una gimnasia que se puede tornar actividad de riesgo, porque la globalización no obedece a leyes morales o éticas, sino al logro de la mayor rentabilidad. Cómo ganar lo más invirtiendo y arriesgando lo menos. Para

la economía de mercado la democracia es un incidente. Al capital le da lo mismo un entorno democrático o autoritario. Es conocido el hecho de que -antes y durante la Segunda Guerra- corporaciones que en EE.UU fabricaban armamento para los aliados, en Alemania producían cañones, tanques y aviones. La regla de oro del capital es "el dinero no tiene olor (ni color)".

Hasta hace poco tiempo, los megaemprendimientos inmobiliarios centraron en EE.UU el interés de grupos mercenarios que generaron el boom hipotecario. Cebados por la ganancia, los operadores terminaron otorgando créditos a solicitantes de dudosa capacidad de pago y el gobierno debió asistirlos para evitar daños mayores. Con lo cual la preocupación de los capitales mercenarios fue buscar un nuevo negocio, como la oruga sale del capullo alegremente convertida en mariposa. Y este nuevo y más promisorio negocio es el de los alimentos, en un mundo hambreado y empobrecido por las propias prácticas de los holdings militares, las corporaciones depredadoras y los fondos buitres. Las guerras generan -entre otras desgracias- muerte, enfermedad y hambre. Conque no se trataba sino de abandonar el hierro y el hormigón y empezar a "fabricar" alimentos. Ya no la vieja agricultura de arado y sudor humano, sino tecnificada agricultura sin agricultores. Y si por ellos fuera, sin tierra. Las investigaciones alrededor de la hidroponía industrial se encuentran muy avanzadas y ya no se trataría de hallar tierras fértiles sino de instalar en el mismo desierto millares de tanques y piletas con suministro automatizado de soluciones químicas y sistemas automáticos de corte y envasado continuo. No es impensable que en el esquema operativo se incluyan cañerías para trasladar el producto a granel a los silos y a las bodegas de supertanques flotantes. E hilando más fino, la posibilidad de que factorías flotantes repitan la idea de los pesqueros-factoría que tanto daño han causado a los ecosistemas marinos. Eficiencia al mejor estilo de Aldous Huxley (*Un mundo feliz*) o *Cuando el mañana nos alcance*.

Si hablamos de derechos humanos, deberíamos poner sobre el tapete todos los aspectos de la cuestión. Que por supuesto no se agota en la memoria ni en el Nunca Más. Estos debieran darse por descontados. Porque si la humanidad consensuara un proyecto que excluya el hambre y el analfabetismo y demostrara la decisión política de llevarlo a la práctica, podríamos estar seguros de no repetir procesos fallidos. Un mundo mejor es posible, seguro que sí. Negarlo sería pretender que vivimos en el mejor de los mundos, propuesta que ninguna mentalidad seria se atrevería a suscribir.

Pero ese mundo posible solo ha de ser en verdad posible cuando entre todos tomemos la decisión y asumamos el compromiso de no bajarnos del camión a los primeros barquinazos. Porque mejor quiere decir absolutamente mejor. Redefinir lo

imprescindible y lo superfluo. Distinguir entre lo banal y lo importante. Discernir con lucidez entre lo que es conveniente para unos pocos y lo que es bueno para todos. Comprender que la riqueza total es enorme pero no infinita. Que debe ser explotada y manejada con suma delicadeza. Aceptar como un axioma inexorable que ningún proyecto puede dejar de lado la preservación de la biosfera y los ecosistemas, porque esta condición hizo posible la vida sobre el planeta. Así de simple. La ética -no el lucro- debiera ser la pauta tutelar de cualquier sistema de ideas que intente optimizar la calidad de la vida en el mundo, para todos sus habitantes y para todos nuestros descendientes.

No faltará quien afirme que la humanidad tiene sus días contados y por lo tanto vale la pena que cada cual los viva como mejor quiera y pueda. O seguidores de Fukuyama (como idea, la democracia liberal es el único sistema político con algún tipo de dinamismo). Ambas posturas -casi una misma en el fondo- reconocen un común origen en el *laissez faire, laissez passer* de los fisiócratas franceses del siglo XVIII. Todo se centra y articula en base a la economía como mágica clave de abundancia universal. Ignorando (más bien silenciando) la propia esencia de la economía, formulada por los padres del liberalismo económico (*la economía es la ciencia de la escasez*). Ninguna de las teorías económicas asociadas al liberalismo y al neoliberalismo hace hincapie en el aspecto ético de la cuestión. La promoción del dinero como bien supremo -y la sumisión a sus reglas y leyes- reconvierte el sentido del dinero, que pasa de ser el bien de cambio concebido como unidad convencional asociada al valor de los bienes a los fines de su intercambio, a ser un bien de uso, un objeto en sí mismo susceptible de dotar a quien lo posee de poder y felicidad.

El otro pilar conceptual del liberalismo -el derecho de propiedad- es también un axioma no sujeto a revisión, porque revisarlo revelaría rápidamente que tanto la fisiocracia como sus vástagos reconocen y amparan la ley del más fuerte. *Laissez faire* no es ni más ni menos que reconocer que el pez grande se come al pez chico. Y la faceta internacionalista de la globalización propicia y admite el apoderamiento de poblaciones, provincias y aún países enteros y regiones a través de la compra-venta de tierras. Práctica legislada al detalle por el derecho romano, cuya praxis ha variado muy poco en 2000 años. El régimen de propiedad de la tierra es en realidad el núcleo dramático de toda esta historia.

Hay cuestiones que la prensa neoliberal no abordará jamás ni el sistema permitiría que se aborde bajo ningún pretexto ni siquiera invocando políticas de estado o proyectos de país. Porque todo el andamiaje del derecho civil y sus disciplinas conexas está basado en el apropiamiento y el despojo. Los romanos fueron prolijos y precisos en la redacción de sus códigos.



Génesis 1:9 / 1:12

Fijaron todas las cláusulas y todas las condiciones para regularizar la renta y compra-venta de tierras. Pero en ningún momento se ocuparon de definir la cuestión del "primer propietario". Esbozando una resbaladiza diferenciación entre posesión y dominio. Cualquier enfoque que se intente acerca de este problema nos lleva de cabeza a establecer que el concepto de país -más aún el de nación- conllevan la posesión -no la propiedad- inalienable de su territorio. Es decir del total de sus tierras, su espacio aéreo, el subsuelo y sus aguas continentales. Posesión intransferible ni susceptible de ser enajenada, salvo bajo figuras como el comodato o el usufructo. Pero la propiedad de esa tierra no es ni siquiera del Estado, mucho menos de las personas. La nación adquiere su entidad como tal asociada a un país. El cual necesariamente existe y se delimita a partir de la posesión de todas las tierras que abarca. Pero ni el país ni la nación pueden invocar la propiedad -el dominio en términos del derecho civil- de la menor porción de su territorio.

Por supuesto que validar estos conceptos pondría patas arriba la comodidad y la conveniencia de buena parte del mundo contemporáneo. Porque el mapa político mundial está trazado no en base a la razón y el derecho sino en base a la fuerza y la mentira. Basta pensar qué sucedería si volviéramos el reloj histórico un milenio atrás. Retrotraer -por ejemplo- la situación geopolítica de Manchuria, de Alaska, de los países bálticos, de la Polinesia, de los estados africanos, de todo Europa, de México, de Persia, de Turquía, de Estados Unidos o de Israel. Sus actuales ocupantes ¿son dueños o usufructuarios de esas tierras? ¿Hay dominio o simple posesión? De ser, como indican la razón y la lógica, meros usufructuarios ¿cómo pudieron enajenar derechos que no les eran inherentes?

Poniendo el ojo en este pedacito del planeta que es nuestro país, a la llegada de los primeros europeos estas tierras estaban pobladas por tribus y naciones aborígenes. Los conquistadores -ellos mismos se autotitulan- desalojan y sobrepasan a los pueblos originarios y toman posesión por sí y a nombre de monarcas europeos. Sobreviene el exterminio y la ocupación de tierras. Se escrituran y se re-escrituran tierras por parte de quienes ni eran sus dueños ni podían invocar inexistentes dominios. Aún hoy este procedimiento tiene plena vigencia. ¡Cuántos incautos compraron lotes en medio de un estero o en la ladera de una montaña!

Lo exiguo del espacio periodístico atenta contra lo abultado del problema. Pero lo básico de la situación pasa por visualizar sus coordenadas. Y dos mil palabras pueden -a eso apostamos- aportar algún módico lumen a la compleja (y ambigua) penumbra del tema. ■